

NOMBRES Y ENFOQUES DEL CERVANTISMO EN EL SIGLO XX

IRENE SÁNCHEZ SEMPERE
Universidad de Murcia

Con cierta frecuencia, Miguel de Cervantes anuncia en los prólogos de sus obras la publicación de segundas partes y de otras futuras. Por ejemplo, en el prólogo de las *Novelas Ejemplares* se promete la continuación del *Quijote* y el *Persiles* (además de *Las semanas del jardín*), y este último se vuelve a prometer en el exordio del *Quijote* de 1615, junto con la Segunda parte de la *Galatea*. Desgraciadamente, las limitaciones del tiempo impidieron que algunas de estas promesas se cumplieran. En el prólogo del *Persiles*, redactado poco antes de morir, el tenaz escritor declara tener todavía muchas cosas por decir, que, quizá, lleguen a revelarse en otro tiempo o en otra vida. Es la declaración lúcida de un ingenio fértil de expansión continua, pero que acepta con serenidad la adversidad cada vez mayor de las circunstancias.

Otro tipo de limitaciones –también comprensibles– imposibilitó a los editores de *Nómina cervantina. Siglo XX*, José Ángel Ascunce y Alberto Rodríguez, realizar su propósito de reunir en un solo volumen el completo elenco de nombres y enfoques heterogéneos del cervantismo del siglo XX, con el que pretendían elaborar un «cuadro de época». En el prólogo advertían de cómo distintos condicionantes –aunque sin alterar sustancialmente el plan original ni mermar su calidad– les habían desviado de su primer objetivo, y, aunque no anunciaran un segundo monográfico, sí reconocían implícitamente la necesidad de más páginas para completar el propósito inicial.

Tres años después, en 2019, han sacado a la luz un segundo volumen (también publicado en Kassel por la editorial Reichenberg¹) que completa y pone el broche a una cuidada selección de los más destacados cervantistas del pasado siglo. En el nuevo prólogo, los esforzados editores exponen su ideario, de innegable raigambre cervantina: es precisamente la imposibilidad detectada en el primer volumen la que sirve de acicate para acometer la nueva aventura. Anudado queda este hilo roto, podríamos concluir citando a don Miguel.

Este segundo tomo contiene catorce trabajos sobre dieciocho nuevas figuras del cervantismo internacional, pertenecientes a siete nacionalidades distintas. Igual que

¹ José Ángel Ascunce y Alberto Rodríguez (eds.), *Nómina cervantina. Siglo XX*, 2, Kassel, Edition Reichenberg, 2019.

en el anterior, Antonio Becerra Bolaños inaugura la nómina comparando a dos cervantistas, que en este caso son Francisco Rodríguez Marín y Luis Astrana Marín. Se puede decir que marcarán el tránsito del siglo XIX al XX. A pesar de su enfrentamiento, recogido en prensa, con motivo de una acusación de plagio que Astrana dirigió al que fuera director de la Biblioteca Nacional sobre su edición del *Quijote*, estos dos cervantistas compartieron, desde ámbitos distintos, una metodología documentalista, heredada del positivismo, una producción de estudios y ediciones cuantiosa y relevante para la crítica posterior y, por último, una pasión exacerbada, incompatible en ocasiones con la imparcialidad y el rigor, pero fértil a la hora de revitalizar el «cervantismo agudo» decimonónico en el siglo XX.

Ana L. Baquero Escudero sistematiza con rigor y claridad el también abundante legado cervantino de José Martínez Ruiz, *Azorín*: un amplio espectro de producciones –desde artículos y críticas hasta creaciones literarias– marcadas por la omnipresencia del autor alcalaíno y sus ficciones, y mediatizadas por una lectura de Cervantes de corte impresionista y psicológico, en concordancia con las nuevas orientaciones críticas de principios de siglo XX y con la estética azoriniana en particular. A la luz de numerosos ejemplos (que demuestran el singular mestizaje genérico de algunos de sus escritos), se hace evidente la curiosidad y admiración del alicantino por el autor del *Quijote*, y la pertinencia de su definición de «clásico» como reflejo especular de sensibilidades posteriores: en sus escritos, tanto Azorín ilumina a Cervantes, como Cervantes a Azorín.

Contemporáneo y amigo de Azorín, con el que –junto a Baroja– formaría el llamado «grupo de los tres», Ramiro de Maeztu encontró en el *Quijote* el símbolo de la decadencia nacional y la clave de su regeneración, de forma paralela a Ramiro Ledesma Ramos. De su estudio comparado se ocupa José Ángel Ascunce Arrieta, con el que amplía el horizonte de las diferentes lecturas cervantinas hacia terrenos no siempre gratos para la Crítica actual, pero, con todo, existentes (así lo recuerda en una nota a pie de página, en la que matiza que gran parte del cervantismo español del siglo XX estuvo en manos de «camisas azules»). Influidos por la filosofía de Nietzsche, Schopenhauer, Ortega o Unamuno, y de acuerdo con el pensamiento noventa-yochista, Ledesma Ramos y Maeztu desarrollaron sus ideas sobre la situación de España en clave fascista tomando como modelo la figura del ingenioso hidalgo y de su inmortal creador. La firme determinación de don Quijote de llevar a cabo su ideal (el de la caballería andante), convertida en voluntad nietzscheana, es, para ambos autores, la solución a la mediocridad y el estancamiento en que vive España desde Felipe II. Sin embargo, mientras que para el zamorano la regeneración debe venir de mano de nuevos Quijotes que, con su juventud y fuerza, impongan su ideal, para Maeztu esta debe venir del desarrollo económico y la burguesía, y rechaza la falta de

juicio y la decrepitud representadas por el héroe cervantino (y, por contigüidad, por el propio autor y su época), que Ledesma Ramos idealizaba.

Bajtín solo trató la obra de Cervantes de forma tangencial, pero elaboró un sólido aparato conceptual sobre la novela (su historia, clasificación genérica y elementos constituyentes) que, a pesar del retraso de su publicación, revolucionó la crítica literaria tanto en Rusia y España como en otros países, EE.UU. por ejemplo. Su libro *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais* (1965), así como una serie de textos representativos de su teoría de la novela —en concreto el estudio «La palabra en la novela», escrito en los años treinta, pero publicado por vez primera en 1975, y el cuarto capítulo de *Problemas de la poética de Dostoievski*, de 1963— podemos considerarlos la más valiosa aportación al cervantismo del teórico ruso. Como bien señala Anastasia Shamarina, esta se desarrolló en dos direcciones: el papel de Cervantes en la historia del género novelesco y el lugar del *Quijote* en el marco de la cultura carnavalesca y la teoría de la risa.

Un caso particular, felizmente reivindicado en este monográfico por Verónica Azcue, es el de la crítica cervantina de los escritores del exilio republicano. Juan David García Bacca y Álvaro Fernández Suárez constituyen el objeto de su estudio, en el que se demuestra su calidad de pioneros en diferentes aspectos. Adheridos a la causa cervantina desde la conmemoración en el exilio del Cuarto Centenario del nacimiento del escritor (reivindicación, como es obvio, de marcado carácter político, frente al intento de apropiación del mito por parte del franquismo), continuaron revisitando y actualizando sus ideas posteriormente. Ambos experimentaron con la reescritura creativa del *Quijote* en sus textos críticos (una línea seguida también por Azorín, como veíamos) y encarecieron la integralidad del mundo cervantino, abierto y heterogéneo, al señalar en él ámbitos de la experiencia generalmente marginados, como lo irracional. Esto lleva a García Bacca a proponer un método de estudio interdisciplinar y un enfoque trashistórico, concretados en *Sobre el Quijote y Don Quijote de la Mancha. Ejercicios literario-filosóficos* (1991). Por su parte, Fernández Suárez anticipará en *Los mitos del Quijote* (1953) el análisis de ciertos aspectos formales y temáticos de la obra, su carácter metaficcional y algunos criterios posteriormente aplicados por la crítica animalista².

² Es preciso indicar la presencia de una errata en este capítulo. Al resumir los principales escritos de García Bacca sobre el tema cervantino, se menciona el artículo «Sentido y heroísmo del mito en Dulcinea» (1948), cuando este, en realidad, fue escrito por Fernández Suárez. Suponemos que la autora se refería a otro artículo, que sí aparece en la bibliografía final, y es el siguiente: «Cómo salvaba Don Quijote su fe y su conciencia o condiciones reales de la posibilidad de la locura de Don Quijote», *Anthropos*, 17, 1989, págs. 188-197.

Otra de las grandes aportaciones al cervantismo fuera de nuestras fronteras fue la de Ángel Rosenblat en *La lengua del Quijote* (1971), analizada por Dorde Cuvardic García, de la Universidad de Costa Rica. Encuadrada dentro de la escuela estilística española (Rosenblat tuvo como maestro en Buenos Aires a Amado Alonso), esta obra se anticipó a la difusión de la obra de Bajtín –quien en «La palabra en la novela» ya hablaba de la «estilización paródica» del discurso quijotesco– analizando fenómenos que posteriormente serían definidos como intertextuales. Rosenblat presenta a Cervantes como un escritor y crítico literario constantemente preocupado por la lengua y la literatura castellanas. En su propósito de dignificarlas, Cervantes cultiva en el *Quijote* un estilo literario caracterizado por la apropiación paródica de todo un universo de discursos ajenos (el literario arcaizante, el popular chabacano, el jurídico, el de germanía, etc.), que pone en boca de sus personajes. Con esto concluye que se trata de una novela estilísticamente democrática, alejada por tanto de la preceptiva aristotélica, y también refuta las supuestas incorrecciones gramaticales de Cervantes planteadas por Francisco Rodríguez Marín, previamente analizado en el monográfico.

Miembro de la misma institución, Jorge Chen Sham se centra en los estudios de Emilio Carilla y Guillermo Díaz-Plaja (publicados en los años cincuenta con un año de diferencia) sobre la recepción de Miguel de Cervantes en el subcontinente americano. En su interés por elaborar una historiografía de vocación hispanoamericana que –en palabras del argentino– proponga una auténtica «expresión americana», basada en la especificidad y las variaciones de los modelos recibidos de la metrópoli, ambos críticos acuden al *Quijote* como «piedra basal», integrando así el texto cervantino en una tradición cultural hispanoamericana propia.

A contracorriente de la crítica del momento, Gonzalo Torrente Ballester es uno de los escritores españoles del siglo XX en los que la huella de Cervantes es más evidente, tanto en los temas y los personajes como en las estructuras narrativas. Propuso su original y controvertida teoría lúdica en *El Quijote como juego* (1975), escrita con un talante desenfadado y desde un enfoque *lego*, podríamos decir, alejado de las tendencias dominantes y las pretensiones académicas (aunque demuestra conocerlas en profundidad). Carlos Mata Induráin manifiesta su acuerdo con la teoría de la representación torrentina, que afirma que don Quijote no está loco, sino que finge estarlo. Basándose en una serie de episodios, Torrente demuestra que el protagonista percibe la realidad tal cual es, pero juega a modificarla. El juego quijotesco solo será uno más en el diabólico sistema lúdico de Cervantes, articulado con la estructura de «*mise en abyme*».

Si, como afirmaba Azorín, el *clásico* actúa como un espejo que en cada momento histórico devuelve la imagen de quien lo lee, para Antolín Sánchez Cuervo esto se

hace especialmente evidente en el caso de José Antonio Maravall. Después de un extenso preámbulo en el que analiza el proceso evolutivo de su pensamiento –del fascismo hacia un liberalismo conservador transicional, de un nacionalismo cultural exaltado hacia un reformismo historiográfico europeo–, pasa a comparar las dos versiones (publicadas en 1948 y 1976) de su principal obra cervantista. Ya en la primera, Maravall se distanciaba del prototipo de crítica simplista y manipuladora del canon franquista, tendencia que acentuará décadas más tarde resaltando la faceta *contra-utópica* del *Quijote*. Sin embargo, el crítico valenciano supo intuir la ambigüedad de la obra cervantina, advirtiendo la imposibilidad de reducirla a una mera parodia de la utopía caballeresca, pues también se constituye como homenaje a ella. Maravall bosquejó una «tercera solución», a medio camino entre la idealización de la tradición medieval y su representación irónica: la del reformismo ético del hombre a través de la primacía de la acción individual (frente a la fe, la fortuna o el linaje) que luego se proyecta socialmente, rasgo este plenamente moderno.

La tradición del cervantismo anglosajón, representada en el primer volumen por autoridades de la talla de Edward C. Riley, Anthony J. Close y Ruth El A. Saffar, es completada ahora con la obra de Geoffrey Leonard Stagg. Martha García destaca su faceta de «embajador cervantista»; esto es, de intelectual que promueve el intercambio de ideas entre distintas geografías y genera un enriquecimiento cultural mutuo. La estudiosa dispone cronológicamente ocho trabajos escogidos del cervantista inglés, de los que posteriormente extrae sus principales lecciones: el genio innato de Cervantes y su capacidad de urdir ficciones sobre la base de un conocimiento profundo de la producción literaria anterior y contemporánea (Cervantes no imita, sino que reelabora), la interpolación de historias, géneros y estilos como sello de modernidad o la sustitución de la magia como solución de conflictos por la acción social e individual.

Podríamos incluir en el elenco de la crítica anglosajona a Helena Percas de Ponseti y a Francisco Márquez Villanueva –estudiados por Alberto Rodríguez y María José Rodilla León, respectivamente–, pues, aunque españoles de nacimiento, pronto se exiliaron en los EE.UU., donde desarrollaron su carrera docente e investigadora. Singular y poco conocido es el cervantismo de Helena Percas de Ponseti. Alberto Rodríguez explica con numerosos ejemplos los aspectos fundamentales de su obra, *Cervantes y su concepto del arte* (1975): el perspectivismo, el simbolismo detrás de ciertos objetos, palabras o escenas, el lector activo o el carácter especular de algunos episodios. A pesar de que el *Quijote* y la literatura áurea no fue el objeto primero de su vocación investigadora, la autora pone en práctica un análisis filológico de gran precisión y complejidad conceptual, que se manifiesta en su idea de una estructura vertical formada por capas sucesivas de significación.

Francisco Márquez Villanueva fue otro excelente divulgador de la cultura y la literatura hispánicas del Siglo de Oro en las aulas norteamericanas. Gran amigo de Américo Castro y de Juan Goytisolo, centró su interés investigador en las interinfluencias entre la cultura cristiana, árabe y hebrea, la historia de la espiritualidad, la locura y el erotismo y, por supuesto, la obra de Cervantes en su conjunto. Cinco son los libros que Rodilla León destaca de entre la abultada bibliografía que Villanueva dedica al alcalaíno. En ellos se advierte una atención especial por las fuentes e influencias detectadas en la obra cervantina, a saber: el teatro preloquista, Horozco, fray Antonio de Guevara, Teófilo Folengo, Erasmo de Róterdam, Mateo Alemán, la poesía épica franco-italiana, León Hebreo, Garcilaso, Góngora, etc. Con todo, este rastreo exhaustivo –que demuestra la heterogeneidad de géneros y tradiciones confluentes, tanto en Cervantes escritor como en la cultura de la época– le lleva a proclamar la independencia y libertad creadora del autor, al que llama «libertador literario».

Otra sutil indagadora de las relaciones intertextuales en la producción cervantina y del tema de la locura y el erotismo fue Monique Joly. De hecho, en sus artículos dialoga con Márquez Villanueva y muchos otros cervantistas con el fin de rebatir, afirmar o iluminar nuevos aspectos de la Crítica. Bénédicte Torres recoge el legado de la que fuera su profesora y compañera en la Universidad de Lille destacando, en primer lugar, su destreza a la hora de extraer conclusiones generales partiendo de aspectos aparentemente secundarios (para lo que recurría a largos incisos en los que comparaba múltiples fragmentos de una o varias obras) y, en segundo lugar, su afinidad con Cervantes basándose en su inclinación por la burla, la reflexión metalingüística, el uso del silencio y la reelaboración creativa constante. Combinando sabiamente sus conocimientos literarios y lingüísticos, en su tesis doctoral sobre la burla y su interpretación literaria en la España de los Siglos de Oro –alabada, entre muchos otros, por Anthony Close– concibió un sistema coherente en el que se encuadraba la obra cervantina, arrojando luz sobre aspectos léxicos (el sayagués, arcaísmos, barbarismos, etc.) y paremiológicos, o el diálogo entre la cultura alta y la popular.

María Stoopan Galán cierra la nómina con uno de los más destacados miembros de la Generación del Crack mejicana: Ignacio Padilla. Como Cervantes, cultivó una gran diversidad de géneros (teatro, relato corto, cuento infantil, ensayo y novela) y le dedicó cinco libros al estudio de su obra. Este capítulo aborda el primero de ellos, *El diablo y Cervantes* (2016), producto de su tesis doctoral de 1999. Padilla recrea la atmósfera religiosa e intelectual del momento y analiza las manifestaciones estéticas de «lo diabólico» en las obras cervantinas. Entre ellas se encuentran emociones como el amor, los celos o la melancolía amorosa o estados como la enajenación mental, el perfil psicológico de distintos personajes (don Quijote, Sancho, Tomás

Rodaja o Isabel Castrucho), la demonización de grupos sociales marginados por cuestiones étnicas, religiosas o sexuales (gitanos, moriscos, negros, judíos o mujeres), determinados objetos (el libro, el barco encantado o la cabeza parlante de Antonio Moreno) y animales (perros, gatos, caballos, leones o serpientes). La autora destaca lo sugerente y novedoso de su enfoque, con el que Padilla logra demostrar la poderosa influencia de las pasiones en el ánimo de los personajes cervantinos, que se muestran, por tanto, frágiles, humanos. Sin embargo, reconoce las limitaciones de este enfoque, que soslaya la naturaleza eminentemente humorística del *Quijote*.

Con este resumen de las principales aportaciones del cervantismo internacional del siglo pasado, expuestas con claridad y concisión por los autores nombrados, anticipamos dos lecciones fundamentales que los lectores de *Nómina cervantina. Siglo XX, 2* podrán extraer. Para empezar, una lectura lineal de los capítulos, ordenados cronológicamente, ayuda a comprender el proceso evolutivo que ha seguido la crítica cervantista. Esta parte de unos enfoques positivistas o psicologicistas a principios de siglo y se desarrolla hacia el asentamiento de los instrumentos metodológicos de la Filología como disciplina consolidada. En este dinamismo se ponen en evidencia una serie de cambios y de constantes, y, entre estas últimas, se manifiesta la cualidad especular del *Quijote* como clásico y la complejidad de sus niveles de significación, el genio creador de Cervantes, su carácter eminentemente ambiguo e irresoluble, su conocimiento de la tradición literaria y la importancia de lo intra e intertextual en su obra. La segunda conclusión, derivada de la anterior, es la confirmación del alcance y la pluralidad, en el tiempo y en el espacio, de los estudios cervantinos, de cuya variedad se deriva –como señalaba Bajtín– la *reacentuación* de la figura de don Quijote y de otras tantas criaturas cervantinas, que se consagran como imágenes novelescas para la posteridad.